

La poesía ebanita y su precursor

Candelario Obeso

Escribe: RAMIRO LAGOS

Colombia, crisol de un claro mestizaje acriollado, donde la raza se funda, no en el color sino en el bronce de su valor y de su épica, unido a esa patina de cultura que da al colombiano un perfil singular, es quizá una de las naciones que más se han liberado, por su cultura, de las consabidas discriminaciones que separan al blanco del negro, del mulato y del aindiado. No es Colombia un país estrictamente criollo como las naciones rioplatenses que se precian de su ancestro europeo. Sin embargo, tan criollo culturalmente, se enorgullece de serlo el colombiano como aquel que lo es por dictados de la sangre ancestral, considerándose Colombia uno de los países más hispánicos, no sólo por la sangre cultural que colma su espíritu neorenacentista, sino por el purismo de su lenguaje castizo con que se expresan, para hablar con énfasis y claridad, las voces múltiples de sus portavoces raciales. La cultura criolla definidora de la unidad y de la idiosincrasia colombiana allana todo complejo racial proporcionando escalas de superioridad a quien por los caminos del arte llega a surgir como epónimo.

Al evocar el tema de la poesía de color dentro del contexto de la poesía negra, como se les antoja llamarla ahora, sea el anterior preámbulo un portalón cultural para que se entienda cómo en Colombia, no existe puerta trasera para razas discriminadas sino que, todo lo contrario, por su portalón clásico o barroco entran todos los poetas blancos, negros, mulatos o mestizos, y si hubiese un poeta con cara de chibcha o de pijao, también entraría por el amplio portalón dorado de su literatura nacional. De lo cual se podrá fácilmente colegir que no ha existido poesía negra en Colombia, porque en el connubio racial

tampoco ha existido tal discriminación, a no ser que por poesía negra se entienda, como parece ser el consenso crítico, aquella que representan las voces de la raza ebanita. Hay en este sentido en Colombia brillantes poetas mulatos que podrían ser los voceros de la raza negra, desde Candelario Obeso hasta Jorge Artel quien tuvo conciencia de su negritud: "Negro soy-Poeta de mi raza heredé su dolor". Pero si hubo un poeta mulato: Juan Zapata Olivella, que se proclamó como candidato presidencial del movimiento nacional de las negritudes, también lo fue del mestizaje de Colombia, lo cual, lejos de inferir cualquier tipo de discriminación racial, conllevaba un ideal de unión política de masas por la reivindicación de todas las clases populares, y no exclusivamente por la posible reivindicación social de la raza negra. Menos pudo entenderse como un intento de recuperar sus nostálgicos ecos de africanía como pudo intentarlo el poeta Helcías Martán Góngora con su *Mester de negrería* (1) y su exaltación poética del currulao del litoral del Pacífico.

La poesía ebanita es, en todo caso, la versión colombiana de dicho Mester, y si ebanita es el epíteto con que hemos caracterizado tan significativo quehacer poético, llevándolo a las páginas de una antología liberada contemporánea (2), fue nuestro propósito embellecer con el término ebanita el concepto que posiblemente se tenga de la raza de color, sustituyendo la denominación acaso peyorativa de poesía negra por aquél, para distinguir la de esa negritud con que otros antologistas o especialistas de poesía negra representan a sus portavoces.

La poesía ebanita en Colombia se identifica plenamente con la poesía blanca de los criollos o mestizos, y si Juan Zapata Olivella escribió sobre los colores de la poesía, no fue para trazar líneas discriminatorias, sino para unir las dentro de un amplio arco iris estético o amoroso, delineando sus gamas sólo por sus ritmos o sus irradiaciones de procedencia anímica o sensorial. Al respecto dice el poeta Zapata sobre el color de la poesía cuya policromía se funda en el concepto universal del amor:

*"Amor en blanco, en negro o en amarillo
es igual al cobrizo,
todo depende de quien el amor hizo,
al instante preciso;
al momento incesante
del dulce encantamiento,*

*sucesivamente escalonado,
para quedar maravillado
de su deslumbramiento;*

*Igual es la poesía, inspirarse en la noche,
inspirarse en el día,
al margen del color
pues cuando la creación llega,
nadie nunca le niega
su virtual esplendor" (3).*

Bajo el esplendor de su arte Rubén Darío, logró darnos en Cuba, con su esbozo de preciosismo túrgido y sensual en torno a la Negra Dominga, un anticipo de poesía ebanita dentro de su estética modernista. Bajo el mismo esplendor, arco triunfal del esteticismo colombiano, ha habido poetas blancos como Jorge Zalamea o Camilo Orbes que escriben poesía negra y hay poetas negros o amulatados con orgullo de serio como Hugo Salazar Valdez y Marco Fidel Chaves, que escriben bellos poemas de inspiración ebúrnea, lo cual no los evade de los contornos del ébano en que su raza se esculturaliza o se hace ritmo de sus más espectaculares currulaos. Blanca la poesía negra de Colombia o inspirada bajo el arco iris de todos los colores con la diafanidad de los clásicos o el preciosismo de quienes la modernizaron para universalizarla o la liberaron para enriquecerla de ritmos más auténticos, busquémosla primigeniamente en el origen de su roja protesta, para hacerla precursora en América de su rebeldía contra la esclavitud y la opresión. Remitámonos al poema anónimo "A la mina", de la región de Iscuandé, escrito a mediados del siglo XVII, cuyo tono descubre la insurgencia del mitayo rebelde que se expresa a este tenor:

*"Aunque mi amo me mate
a la mina no voy,
yo no quiero morirme
en un socavón.*

*—Don Pedro es tu amo:
él te compró.*

*—Se compran las cosas,
a los hombres, ¡no!*

*Y aunque mi amo me mate
a la mina no voy.*

—Tú eres mi esclavo!

—No, mi señor.
Y aunque mi amo me mate,
a la mina no voy.
En la mina brilla el oro,
al fondo del socavón.
El amo se lleva todo:
al negro deja el dolor.
El blanco vive en su casa
de madera, con balcón.
El negro, en rancho de paja,
en un solo paredón.
Cuando vuelvo de la mina
cansado del carretón,
encuentro a mi negra triste,
abandonada de Dios
y a mis negritos con hambre.
Por qué esto. Pregunto yo.
Y aunque mi amo me mate
a la mina no voy”.

La voz del socavón se dejara oír cuatro siglos después en la poesía postmodernista de Helcias Martán Góngora, no como denuncia de la época actual, sino como reminiscencia de la mita o del posterior maltrato que se le dio al negro minero, no obstante las prédicas de San Pedro Claver, su defensor histórico, cuyo eco lamentablemente desoyó “líricamente” Julio Arboleda, “patricio” vendedor de esclavos.

Rotas las cadenas de la opresión con la abolición de la esclavitud en 1844, por cuya causa había luchado en 1781 José Antonio Galán, el comunero, le fueron otorgados al negro los mismos derechos ciudadanos y políticos que disfrutó la mayoría de los colombianos y su voz tradicionalmente ha sido escuchada en la cátedra, en el parlamento, en la palestra pública, en el pedestal de su cultura. Sobre dicho pedestal fue, en el siglo pasado, la fulgente pluma de Candelario Obeso la que inició la poesía ebanita de Colombia, considerándosele desde entonces como el precursor (4) en Sur América de ese género literario llamado “poesía negra”, si por tal se entiende la escrita por plumas de negros o mulatos y no por las de los que viven del color del negro y lo usufructúan folclóricamente, como lo denuncia el escritor Manuel Zapata Olivella.

Candelario Obeso nació en Mompós el 12 de enero de 1849 y murió en Bogotá el 3 de julio de 1884. Estas fechas son importantes porque, a nuestro entender ningún otro poeta que le anteciediera en Hispanomérica se había destacado tan alto como epónimo de su raza negra. Pero Candelario Obeso, no sólo se destacó como poeta, sino como hombre de gran cultura, habiendo sido educador, novelista, comediógrafo y traductor en varios idiomas, habiendo sido magistral su traducción de *Otelo* de Shakespeare. Otras traducciones suyas de la poesía inglesa, francesa y noruega se recogen en su libro *Lectura para ti*. Inspirado en Byron y en Víctor Hugo, Candelario Obeso, poeta romántico, como ellos, no sólo irradió de los destellos del romanticismo europeo sino que fue también pregón del romanticismo colombiano. Su obra *La lucha de la vida* está poblada de voces de ese romanticismo dialogante y soliloquial en que el poeta, innovando la forma tradicional, se hace sentir dentro de sus múltiples manifestaciones sentimentales y nos hace sentir a través de sus personajes reales o ficticios, todas las vivencias líricas e ideales del alma colectiva, como si Candelario Obeso se hubiese propuesto ser la voz epocal del romántico pueblo colombiano. Festivo de carácter, con lampos en su expresión de lejanas melancolías ancestrales, el poeta recogió en sus poemas sus absconditas tristezas, sus nobles pasiones amorosas, sus nostálgicos recuerdos rodeados de ternura, en que se asoman dulces perfiles femeninos, nimbándose entre ellos la imagen de su madre, para evocarla dentro del marco de sus más tiernas efusiones:

*“Sobre tu seno reclinado un tiempo
puro el halago de tu amor bebía.*

*“Oh! cuanto he sido con tu amor ingrato,
Madre amorosa! (5).*

La mujer amada, blanca, negra o morena, más cerca de su realidad que de su idealismo romántico es camafeo de su corazón frente al cual se produce el “Crepúsculo del alma” como poema y como remembranza:

*“Cabe el robusto tronco de una ceiba
la alcancé a ver, tenía
destrenzada la hermosa cabellera
Que acá y allá los céfiros movían” (6).*

Romántico dentro de su intimismo más logrado, en su poema “Sotto Voce” traduce la historia de su corazón, historia

dulce y dolida, confidencializada en su más delicado lirismo. Evocando su infantil alegría rodeada de hados tristes, el poeta pletórico de ilusiones, impulsado por los turbiones del río Magdalena, evoca su tránsito de la provincia colombiana a la capital cultural del país donde inicialmente pudo chocar con el humanismo deshumanizado de las *élites*, cuando dice: “en este valle —no hay que esperar que halle— la apreciable bondad noble acogida”. Entonces era el poeta un joven de “ardiente corazón”, halagado por sueños de gloria, cuando ufano, como él mismo lo confiesa:

“*Mi bordón en la mano,
Veloz la planta a Bogotá moviendo
cruce descalzo el desigual camino
que... me trazó el destino,
y ya por siempre repasar pretendo.
Llegado aquí, por nadie conocido,
y harapos vestido,
larga pena sufrí, pobre estudiante*”. (p. 87).

La desigualdad en todo sentido que se insinúa en el poema, económica, social y posiblemente racial fue la que mantuvo tensamente angustiado pero optimista en su arribo a la capital colombiana cuyo frío altiplano desafió con su espíritu de superación cultural, hasta lograr levantar cabeza intelectualmente por encima de quienes años antes de su acceso al aula universitaria y a los cenáculos literarios, lo habían mirado acaso despectivamente. Ya no era el negro Candelario Obeso, sino el poeta romántico, la voz lírica de su pueblo. Como lauro de su superación, la crítica reconoce que Candelario “brilla en sus obras, y ocupa señalado puesto entre los pocos privilegiados que constituyen la aristocracia del talento” (7).

Como poeta del pueblo, logra crear un género poético exclusivamente suyo que marcó un hito en la crítica de su época, considerándosele como el inicio de un “mester de negrería” cuyo eco repercutiría en la época actual. Fue cuando en 1877 publicó su obra *Cantos populares de mi tierra*, prometiendo ampliar el género con “variantes notables en la forma y en la idea” y no limitándose en lo general “al modo de expresión vulgar y las costumbres del pueblo de Bolívar”, comarca costeña colombiana. Su meta era, avanzando hacia el Magdalena y Panamá, la de ser intérprete del espíritu del pueblo, preferencial-

mente el negro y el mulato, recogiendo en sus poemas sus sentimientos y reflexiones dentro de un lenguaje nativista que fuera remedo regional de ciertas peculiaridades dialectales de su raza. La sustitución de su habla castiza como poeta educado en los paraninfos bogotanos por el lenguaje del boga de color, fue claramente un intento en él de crear un nuevo género, logrando magistralmente la fusión de lo culto con lo popular dentro de una métrica de arte menor y de arte mayor propicia en cada caso, para entremezclar sus personales sentimientos, su ternura y sus intuiciones con los sentimientos melancólicos del boga. Al dedicar "La Canción del boga ausente" a los epónimos del clasicismo colombiano, Rufino Cuervo y Miguel Antonio Caro, piénsase en una reacción o un acto de rebeldía del poeta contra el casticismo tradicional o en una ruptura literaria en busca de un cambio intencional que abriera paso a la expresión popular de sus cantos. Tan intencional fue su intento que él exhorta a que se cultive este género auténtico, para lograr fundar la verdadera positiva literatura. Solo así, dice, "se acabara el furor de imitación, tan triste, que tanto ha retrasado el ensanche de las letras hispanoamericanas" p. 49.

"La canción del boga ausente", su poema más popular, ejemplariza su novedad de autoctonía típica del mulato o del costeño. Remitámonos a su canto para observar cómo el boga rema su lengua por entre un relevo de letras, sílabas y acento muy suyo que se resiste a la expresión castiza:

*"Que trite que etá la noche,
la noche qué trite etá
no hay en er cielo una etrella
Remá, remá.*

*La negra re mi arma mía
Mientras yo brego en la má
Baño en suró por ella,
....Qué hará? Qué hará?
La jembras son como toro
lo r' eta tierra ejgraciá;
Con acte se saca er peje
Der má, der má! p. 18.*

No sólo por estas estrofas, sino a través de otros cantos, se observa cómo Candelario Obeso trata de exteriorizar la sensibilidad del mulato, ejemplarizada en el boga, acompasando su

voz con la sonoridad rítmica, dentro de cierto aire de africanía tropical. Pero hay muchos más destellos de auténtica poesía ebanita dentro de su variada temática, dentro de sus ricas motivaciones y vivencias. Hay estrellas negras que parpadean lejanamente a lo largo del río Magdalena, pero hay un bello sol costeño, sol comunero de la alegría compartida. Hay lances de amor en la poematizada historia "Er boga charlatán", bailador de porros, osado y pendenciero. Hay "lumbrosa claridad" en la suspirante nostalgia frente a una tierra frutal que solo puede coronar la dicha con la presencia de la mujer morena. Hay, pues, en el cúmulo de atributos que se exaltan del mulato y de su solar nativo, expresiones de libertad, de celos, tristezas, desengaños, añoranzas, humor, picardía, sensualidad, orgullo, denuncia social y alegría junto al mar donde el corazón es más grande. Y en el fondo del alma blanca del negro un delicado amor romántico se madrigaliza en la poesía de Candelario Obeso ante la hermosura de la mujer blanca conquistada con arte de fruición:

*¡Oh! gracia... gracia... agora
quérate siempre ansina
y nunca re tu labio
se vaya esa sonrisa" p. 36.*

Ya el poeta, teorizante de exquisiteces románticas, había dado a su pueblo en la balada "Los palomos" una lección de puro amor libre, inspirado en el Ars Amandi de la naturaleza colombiana:

*"Siendo probe alimales lo palomos,
a la gente a sé gente noj enseñan;
E su condúta la mejó cactilla,
hay en sus moros efertiva cencia"
Nacen los ros sobre las mismas pajas;
Y allí se etán hata en repué que vuelan;
Maj asina chiquitos, entre er río
Se rán caló, entre juntos, y se besan" p. 15.*

La actitud del negro frente al blanco es de admiración no por su prosapia sino por su cultura, por su bondad y por su respeto a la libertad. Muy enfático el poeta expresa el sentir del pueblo mulato en sus relaciones con el blanco, y son muy claras sus manifestaciones en su poema "Epresion re mi amita":

*“Por un mochoroco guapo
y sobre guapo enstruído,
soy capá re mocdé er suelo
y re mucho sacreficio”* p. 29.

No obstante la admiración que se le expresa al blanco, deja el poema entrever una advertencia, condicionando su admiración a su conducta con la mujer del negro y a su respeto a la libertad y derechos adquiridos, sin que el blanco quiera imponerse a la fuerza por razón de su linaje hispánico. Y así el mulato, considerándose rey de sí mismo, hace crecer su orgullo en la voz del poeta, tensado su admonición:

*“Uté, banco y vecbo y gracia...
manque en la España nació
puere rijponé re mí”* p. 29.

En el poema “Epropiación re uno corrigos”, lejos de expresar repudio por la raza contraste, poematiza que el blanco es su consuelo cuando es justiciero y protector de los humildes, aspirando a que el blanco conviva entre los negros, para conocer sus costumbres, sus actitudes nobles, su dignidad humana. Orgullosos de su raza el poeta lo había declarado en prosa: “A mí me honra ser negro y mi fealdad me encanta. Lo feo pulimentado cuando agrada es de veras. La regeneración está en mi raza. Ya la ciencia lo dijo: el gérmen de la vida se halla en ella, de la vida del cuerpo. La del alma es distinto; se contiene en la Biblia en cierto modo”. Frente al blanco linajudo, lejos de acomplejarse, lo repudia, poniendo en tela de juicio a la aristocracia criolla, de la cual dice: “la aristocracia nuestra es un espantajo, una triste rapsodia, si no es una mezcla confusa de elementos diversos a cual más miserables. En la *“creme de la creme”* no hay sino cieno, raquitismo, patranas, gérmenes corrompidos, salvo unas excepciones... se mantiene del fraude y del engaño. Todos son enfermizos y de una raza ambigua; verdaderos famélicos sociales. La tradición de algunos es horrible, oscura cual sus almas. Su conato es ser blancos y *bonitos*” pág. 51.

No admite el poeta, en su poema “Serenata” a los cachacos capitalinos, que su raza vuelva a ser suplantada por quienes, herederos de los encomenderos, mantienen la manía de la opresión frente a los humildes y a la vez buscan su voto para subir

al poder. Y liberado el mulato hecho soldado, se deja oír a través del poeta:

*“Sí fuí sordao
pocque ofendía
mi humirde rancho...
Si acguno quiere
trepacse en arto
buque ejcalera
por otro lao...”* p. 32.

Exalta el mulato peregrino la libertad con amor y entusiasmo, poematizándola el poeta que la ama como el pájaro a su nido, como la flor a la lluvia, como el agua al bocachico, para proclamarla como la ley del viento cuyo mensaje ha de llevarse al mundo de lo que en Colombia ocurre según el poeta que habla con la voz de su época y de su pueblo, para que se sepa poemáticamente cómo en Colombia, “ciuraranos son er negro, er blanco, er indio”, cómo “mi negra tiene trataimiento fino” y como “eta tierra richosa”, es “asiento re la iguarda”, Maire re los hombre rigno”.

Tierra de libertad, tierra buena, Colombia, fue paraíso del campesinado en la época de su primer cantor popular, Candelario Obeso. La dicha campesina cantada en su “Canto del Montara”, frente a una naturaleza frutal descrita también en el canto “A mi morena”, contrasta con el peregrinaje del boga, que asfixiado acaso por la maraña y la manigua del río Magdalena, su ideal es bogar, bogar hasta encontrar el mar con el sol más bello en que, por fin, la raza de color encuentra claridad, alegría, grandeza, hermosura y aire para liberar su espíritu y para soñar. Sueño de una raza en que se funda el idealismo y el lirismo de este gran precursor de la poesía ebanita que es Candelario Obeso.

(1) Martán Góngora es el primer poeta de Colombia y acaso de Suramérica que renueva el término medieval de "mester", aplicándolo a la poesía negra y así agrupa una serie de poemas suyos con el nombre de *Mester de negrería*, como si intentara continuar el género poético iniciado por Candelario Obeso. Remedo del lenguaje negro son sus poemas "Pejca" y "Er Peje Grande". Véase, Martán Góngora, Helcías, *Suma Poética* (Bogotá: Ediciones de la revista Ximenez de Quesada, 1969, pp. 120-152.

(2) Ramiro Lagos sustituye la denominación de la poesía negra por el de poesía ebanita, anotando que lo que se pretende es hermosearla y liberarla de toda negrura peyorativa, para integrar en un solo propósito lírico las plumas blancas de la poesía negra y las plumas negras de la poesía blanca. Véase, Lagos, Ramiro, *Poesía liberada y deliberada de Colombia* (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1978), p. 117.

(3) Zapata Olivella, Juan, *El Color de la poesía*, Port-au-Prince, Haiti, 1982, p. 9.

(4) Serios investigadores y críticos como Angel Valbuena Briones (Véase su obra, *Literatura Hispanoamericana*, p. 422) y Carlos Arturo Caparrosa (Véase, *Dos ciclos de lirismo colombiano*, p. 109), reconocen el papel de Candelario Obeso en América como precursor continental de la poesía negra cuya génesis, con todo, hay que buscarla en los autores anónimos. Y así dice Helcías Martán Góngora, al respecto: "En la prehistoria de la poesía afroamericana, el verbo se hizo copla y habitó en las bocas anónimas". Y para darle importancia al origen colombiano de la poesía de color, Martán se apoya en la edición cubana de la novela *María*, cuyo prologuista, Eduardo López Morales acota: "El habla de los bogueros ha sido captada con precisión, pero, sobre todo, descuella la admirable bunde, precursor de la poesía de Palés Matos y de Guillén". Véase "Notas en torno a la poesía negra en Colombia", artículo de Helcías Martán Góngora, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Volumen XVIII-Número 1, 1981) p. 188.

(5) Candelario Obeso, *Cantos populares de mi tierra* (Poesía completa), Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1950. p. 226.

(6) *Ibidem*, Sección *Lecturas para ti*, p. 78.

(7) Julio Añez, "Candelario Obeso", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Volumen V. Número 11, 1962, p. 14.

Nota final: Este trabajo fue leído como ponencia en West Forest University (USA), con ocasión de la Conferencia de los profesores de lenguas de los Estados del Sur, reunida en Winston Salem el 12 de octubre de 1982.